

# Los Católicos ante su formación religiosa

Alejandro Muñoz Priego S. I.

Todo el que sabe auscultar con tino el corazón de la humanidad lo encuentra sacudido por una profunda agitación religiosa. Esta inquietud se la puede hacer cabalgar sobre ideas vaporosas o sobre un sólido fundamento de formación religiosa. Todo lo que no sea esto segundo, será levantar castillos de ensueños, preciosos si se quiere, pero irreales.

Sin tratar de concretar métodos de aprendizaje ni de señalar desviaciones o buenos caminos, ni siquiera de perfilar el límite exacto de obligatoriedad, quiero lanzar un puñado de ideas que lleven al convencimiento de que tenemos *obligación grave* de formarnos religiosamente.

Al final intentaré delimitar, en cuatro puntos, el campo de *obligación grave* de nuestros conocimientos religiosos. Aun así, casi siempre, la solución de cada caso habrá que encontrarla en el coloquio cálido con quien sepa orientar y concretar obligaciones, dadas todas las circunstancias. Pero ese segundo paso, necesario, no lo dará quien no sienta una fuerte sacudida en su alma: *el sentimiento convencido*, no el conocimiento árido (ese ya lo tienen muchos), de que es un deber ineludible el formarse en católico.

## Por caridad para con nosotros mismos

Cuando Cristo quiso clavar en la mente de los judíos la obligación que tenían de amar a su pró-

jimo, dijo: lo amarás como te amas a tí mismo (Mt 22<sup>39</sup>). En el mismo grado y con la misma obligación con que te amas a tí mismo. En estas palabras Cristo evidencia con relieve sensible que así como el amar a otros ya no es algo libre en su ley, tampoco lo puede ser el amor que nos tengamos a nosotros mismos. No es algo potestativo el amarnos, sino que cae dentro de una estrictísima obligatoriedad.

Esta verdad, que así descarnadamente esquemática tiene poco relieve, alcanza sin embargo proporciones muy grandes cuando se la ve en sus consecuencias inmediatas. Si debemos amar a los demás y a nosotros es porque estamos destinados a participar de la gloria de Dios. Beneficio que se nos concede, no por nuestra naturaleza sensitiva ni corporal, consideradas en sí mismas, sino por nuestra naturaleza racional levantada al orden sobrenatural. Por eso los animales que no reúnen estas cualidades, aunque los conjuntamos a todos en cantidad y calidad, no pueden acaparar ni un desperdicio de nuestro amor.

Como consecuencia lógica de esta premisa salta ya la deducción. Luego lo que hay en mí más divino, como es mi alma con la gracia santificante y las virtudes, tiene un valor substantivo.

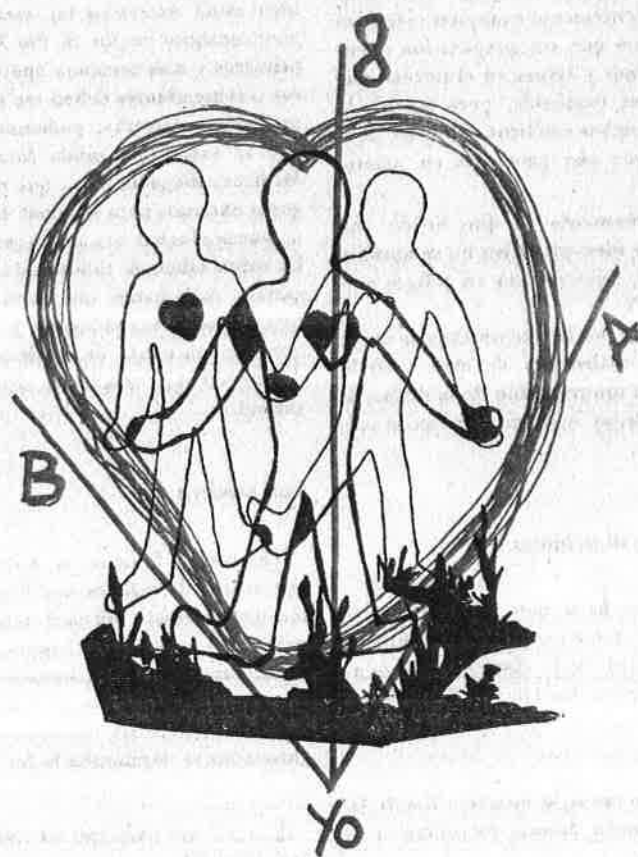
Así no nos puede extrañar que todos los moralistas impongan como obligación grave «el conocer nuestro último fin y lo que es necesario... para llevar una vida cristiana. El procurarse la gracia santificante y los medios que son necesari-

rios para conservarla o aumentarla...« (1). Regatillo-Zalba, tratando esta misma materia desemboca en la conclusión que a nosotros nos interesa: un medio necesario es la «formación en la fe». (2).

En un rápido desarrollo de esta idea podemos fijarnos en los siguientes puntos. Tenemos obligación ineludible de poner todos los medios necesarios para llegar a Dios y vivir su vida. Y no hay nadie, que mire sin pasión las cosas, que no vea que un medio *insustituible* es una sólida formación. Soy yo quien en mi interior tengo que tomar posiciones trascendentales, inabordables para los que me rodean, incluso para los sacerdotes. Es la vida con su lima de indiferencia y frialdad la que va achicando mi vida interior, sin que valgan contra esta continuidad de acción los consejos esporádicos que pueda dar un confesor o predicador. Es mi compleja vida social, tabicada para los de fuera, aunque se llamen ministros de Cristo, la que reclama una respuesta

*personal* cristiana. No puedo prorrogar indefinidamente esa respuesta, ni puedo jugarme su resultado como un quinielista. La respuesta tiene que ser rápida y recta. Ninguno de estos dos matices de la respuesta se puede conseguir sin una profunda formación.

Y aun en la vida de quien no tenga conflictos que prenecesiten una sólida formación espiritual queda en pie la tesis. Nuestra alma no puede estar nunca en barbecho. Hay una obligatoriedad inexcusable que nos encadena a vivir en continua producción interna espiritual. ¿Se podrá conseguir esto sin ideas motoras profundas que arrastren la vida con fervor, a pesar de todos los desgastes de roce? Para una pobre vieja, para un sencillo obrero, tal vez bastarían dos o tres ideas, incluso mal ensambladas, para vivir su vida interior. Para un hombre de carrera, no. Necesita un soporte ideológico fuerte, proporcionado al de su carrera, para vivir la vida cristiana. Quizás no sea exagerado afirmar que precisamente



porque falta ese sostén firme hay tantos talentos que llevan una vida espiritual barata. La que llevan sus hijos y su mujer y la que ciertamente no puede llevar él porque no adecúa sus exigencias críticas y científicas.

### Por peligro de pecar

Hay otro aspecto moral interesante enmarcado dentro de este capítulo de la caridad intrapersonal. Es la culpabilidad que puede venirle a un hombre por su ignorancia religiosa. Un hombre culto, incluso de mediana formación científica, difícilmente dejará de ver — si procede con honradez — una verdad fundamentalísima y simplísima. Y es que el mundo religioso dogmático-moral con proyección y exigencia para su vida de acción merece alguna atención para ver lo que le permite o le manda. Se capta con una intuición casi sensible que el mundo religioso es por lo menos tan amplio y complejo como el de una carrera. Evidentemente cualquier científico desprecia al profano que sin preparación se entromete a dictaminar y actuar en el terreno que desconoce. Esto es razonable, pero entraña la condenación de muchos católicos cultos en ciencia pero ignorantes o casi ignorantes en materia religiosa.

Pues desde el momento en que siendo uno consciente de esta idea primitiva no se ajusta a ella con un estudio sincero, está en peligro próximo de pecar. Y se consumará ese pecado cuando coaccionado por las circunstancias tenga que lanzarse a la realización de algo sobre lo que está trazada la interrogación de la duda. Es lo que entre moralistas se llama ignorancia culpable.

### Por caridad para el prójimo

La obligación que cada uno tiene de amarse a sí mismo no se sostiene porque defendamos un egocentrismo cósmico. Sería absurdo y nos morderíamos los hombres a dentelladas. Si nos tenemos que amar a nosotros antes que a nadie, es

(1) NOLDIN, *Summa Theologiae Moralis*, v. II, m. 66, 2a.

(2) *Theologiae Moralis Summa*, REGATILLO ET M. SALBA, vol. I, n° 871

porque hemos de amar lo que es reflejo de Dios y en el orden puesto por Dios. Como nadie hay más cercano, más próximo a nosotros que nosotros mismos, por eso tenemos que hacer pasar el torrente de nuestro cariño por nuestras personas. Pero no para estacionarlo ahí. Miembros de Cristo somos todos y por todos derramó su sangre. Por eso gritó Jesús en todos los rincones de Palestina: mi mandamiento es que os améis los unos a los otros.

Esa voz de Cristo la han recogido los Papas. Pío XI ha concretado a las necesidades espirituales de nuestros tiempos ese pregón de Jesús. Por lo menos en cuatro ocasiones distintas ha dicho que el trabajar apostólicamente por otros es obligación esencial del cristiano. (3). No podemos ser cristianos mientras no rompamos la indiferencia que nos separa de los demás. Carne de mi carne y hueso de mis huesos es el que me rodea, porque todos formamos un cuerpo orgánico, la Iglesia. Pero, en toda doctrina lógica, cuando se impone un fin como *necesario* se imponen también como *necesarios* los *medios indispensables para conseguir ese fin*. Si Pío XI afirma que «los primeros y más cercanos apóstoles de los obreros y comerciantes deben ser sus compañeros de profesión y carrera», podemos afirmar que para ello se exige una sólida formación espiritual. Médicos, abogados, etc., que necesiten de rodri-gones externos para sostener ellos mismos su fe, no pueden luchar con altura científica por Cristo. De sobra sabemos todos que sus compañeros de carrera reclamarán una formación que pueda romper todas sus sutilezas y dificultades. Hay que leer con pausa de meditación las palabras de Pío XII que remachan definitivamente esta verdad.

### Por nuestra fe

También la fe tiene su grito de exigencia en este acervo de razones que motivan nuestra formación espiritual. Sin caer en pesimismo ni comparaciones con otros tiempos, sentiremos una atroz angustia si leemos despacio algunos discursos del Papa actual. Si no queremos valer-nos de su autoridad, abramos los ojos. En muchos sitios se desmorona la fe, o porque antes se

(3) A.A.S. XIV (1922) 693; XIX (1927) 45; XX. (1928) 385; XXIII (1931) 226

ha resquebrajado la moralidad o porque el hundimiento de la fe la precede. Es posible que algún optimista no admita fácilmente la generalidad de esta afirmación. Pero supongo que no habrá quien no suscriba que el indiferentismo es una moneda corriente entre los católicos. Y no sé qué será peor. Cualquiera que sea nuestra teoría, el espectáculo no puede ser halagador. Pues bien, en este desconcierto del mundo, cada uno tiene su palabra o de fidelidad a Dios o de adhesión al mundo.

¿Es posible que un hombre de altura científica pueda seguir fiel a Dios si su fe es tan simple o casi tan simple como la de «un carbonero»? Pío XII parece que está por la negativa. Palabras suyas son: «Si el joven, terminada su educación, no sale sólidamente formado, si esa imagen de Dios queda moldeada en material blando y maleable, es imposible que, sujeta así a presiones opuestas, batida por tantas contradicciones, no esté en breve tiempo deformada» (4).

Y no quiero ni tocar siquiera el problema que se esboza en el horizonte por el contacto personal o ambiental con mentalidades de otras religiones. Puede ser que desgraciadamente no esté muy lejos el día en que tengamos que defender científicamente nuestra fe. ¡Que no se dé el caso de que en una posible reunión de confesionalidad heterogénea, el único que no sepa defender su fe sea el católico!

#### Plenitud humana

Debo, aunque sea rápidamente, rozar una última motivación para decidirnos a nuestra formación espiritual. El hombre, mezcla de ángel y de animal, tiene una exigencia puesta por Dios que es fuente de gozo. Se le podría llamar humanismo, entendiendo bien el término. Nos sentimos empujados con pasión a buscar la perfección completa del ser. Hasta que no sentimos desplegada ante nosotros toda el área de nuestra personalidad, estamos inquietos. Pues en esta exigencia entronca plenamente la formación espiritual. El mundo del espíritu tiene horizontes muchas veces inestrenados por católicos cultos. Dios, con todo el despliegue de sus atributos que a veces parecen reñidos entre sí. La irrupción de

la divinidad en la tierra con todas las consecuencias que arrastra. La riqueza divino-humana de Cristo. La endeblez de los elementos humanos de la Iglesia y la robustez de la fundación hecha por Dios. Esto, si se quiere, en un plano más bien objetivo. Porque se puede bucear en el fondo íntimamente personal del alma, que siente el peso de Dios sobre ella. La ilusión de sentirse hermanado con Cristo. Sentir el calor de cercanía e intimidad de todos los que pasan a mi lado y forman conmigo un solo cuerpo en Cristo. Verse hundido por el pecado, pero levantado sobre la naturaleza por Dios.

Todas estas ideas, que nada dicen a quien no las ha vivido, son un mundo de realidades para quien las ha sentido. Pero cierto que no las sentirá quien no las entienda. Ni las entenderá (aunque esto pueda tener apariencias de demasiado silogismo) quien no tenga una profunda formación religiosa. Y no tendrá una profunda formación religiosa quien no sienta la obligatoriedad insoslayable de formarse.

Si queremos ver el mundo bañado en su auténtica luz, tenemos que saberlo interpretar con criterios totales. Estos criterios totales no pueden ser los hombres, incompletos e incapaces de dar solución exacta de todo. Pío XII nos dice por eso que la formación religiosa de nuestras generaciones tiene que consistir «...en el ver y hacer ver todas las cosas a la luz de la grande y divina verdad, como en la contemplación de la creación material no se ven las cosas bien, con sus verdaderos colores, sino a la luz, aunque sea acaso velada por las nubes, del hermoso sol de Dios». (5)

He aquí unas cuantas ideas expuestas rápidamente con el peso que ellas tienen. Están dichas con honradez y sinceridad. No son todas, es cierto, pero quizás sean suficientes. Podríamos haber tocado otros capítulos candentes por su actualidad. Enumero, por tentación, algunos: los seglares son Iglesia, los seglares tienen voz en la Iglesia. Esto es cierto, pero para que esa voz sea autorizada tiene que estar matizada de formación profunda.

Hay cuestiones sutiles de competencia mixta, donde tienen que entenderse la Iglesia y el Estado. Así los problemas de la enseñanza y libertad de cultos. ¡Cómo nos sentimos todos empu-

(4) Anuario Petrus, 1951, 82 (4).

(5) Anuario Petrus, 1951, 45 (3).

jados a dar nuestro parecer! Sin embargo, si hurgamos con limpieza en el fondo de nuestra competencia, tendríamos que retirar muchas veces nuestro voto porque no va garantizado por conocimientos científicos, sino colgado de la pasión o de una corazonada.

Hay quien quiere bautizar nuestros años como la época de la sinceridad, de la autenticidad. Lo creemos así, y en nombre de esa autenticidad hay que reclamar para todos los católicos una verdadera formación cristiana. Es el único medio para vivir sin fariseísmo nuestro catolicismo. Dicho más claramente. La Iglesia es nuestra madre. Ella exige, por lo menos, que no desprestigiamos su honra ni amontonemos sobre sus espaldas responsabilidades insostenibles. Sin embargo, muchos católicos quiebran la fama de la Iglesia por no saber a lo que están obligados. Seamos sinceros. Adaptémonos a las exigencias más urgentes de la Iglesia, conociendo sus orientaciones, o no mintamos descaradamente, diciendo que le pertenecemos, cuando en realidad vivimos al margen de Ella.

### Conclusión: cuatro obligaciones concretas

Recogemos el nervio del esquema de nuestras ideas para apretar en unas líneas las conclusiones.

Hay una fundamentación básica, clavada en el terreno de la moral que soportará las cuatro conclusiones que vamos a formular: tenemos *obligación grave* de centrar nuestra existencia en Dios y vivir la vida sobrenatural. Esta vida es la gracia santificante. Por tanto, los medios indispensables para adquirir, conservar o recuperar la gracia entran de lleno en el sector de la obligación grave. Unos de esos medios, lo hemos visto, es la formación profunda.

Esa formación es necesaria, bajo obligación grave (de tal manera que su abandono constituye un pecado mortal) en cuatro puntos:

1.º En procurarse un conocimiento proporcionado, en materias religiosas, al de la carrera y profesión. El mejor comentario son las palabras meditadas de Pío XII. Esto tiene que ser así porque no puedo dejar de formarme (ya que

la caridad me exige busque mi bien personal) ni tendré recursos, sin ese conocimiento proporcionado, para afrontar con seguridad los riesgos de la vida del espíritu.

2.º En el conocimiento de las exigencias que tienen el dogma y la moral para el propio *estado y profesión*. El casado, el soltero, el religioso, están sometidos a un código que deben conocer. El profesor de la universidad, el médico, el abogado, tienen una deontología profesional que no pueden en conciencia ignorar. De hacerlo así, pecan gravemente. No se pueden improvisar soluciones, sino hay que atenerse a la voz de Dios que ha hablado para cada conflicto.

3.º En buscar solución, o por estudio personal, o por consulta a otros, de las dificultades teóricas (existencia de Dios, permanencia de Cristo en la Eucaristía, valor y necesidad de la confesión, verdad de la Iglesia, etc.) o prácticas (si está permitido o no el aborto, si puedo arriesgarme a una operación financiera con posible daño del prójimo, etc.) que invadan el campo de la conciencia religiosa. Con dudas prácticas no puedo actuar sin cometer pecados mortales. Ninguna operación médica, ni judicial ni económica, sin haber despejado la incógnita que nubla la licitud o ilicitud de mis actos. Y con duda teórica no puedo llevar mi vida de espíritu adelante. Me enredaría en cavilaciones morbosas que torturarían mi alma, apartándola de Dios. Tengo obligación, por tanto, de hacer luz en el tejido oscuro de mis dudas de fe.

4.º En conocer la respuesta que tienen las dificultades religiosas que se agitan en mi nivel social, profesional y económico, si preveo que de ignorarlas, va a bambolearse mi fe.

Así, un universitario, un obrero, quien sea, que sabe que en su zona de actividad existen ideas antireligiosas, con una careta más o menos científica, tiene que tener a mano una respuesta, aunque sea incapaz de formularla a los demás, si sabe que esas dificultades van a hacer mella en su fe. No se podría decir lo mismo, si uno es consciente, de que no dudará aunque no aflore a su conciencia la respuesta. Con todo, creemos que esta segunda posibilidad apenas tiene margen de probabilidad.